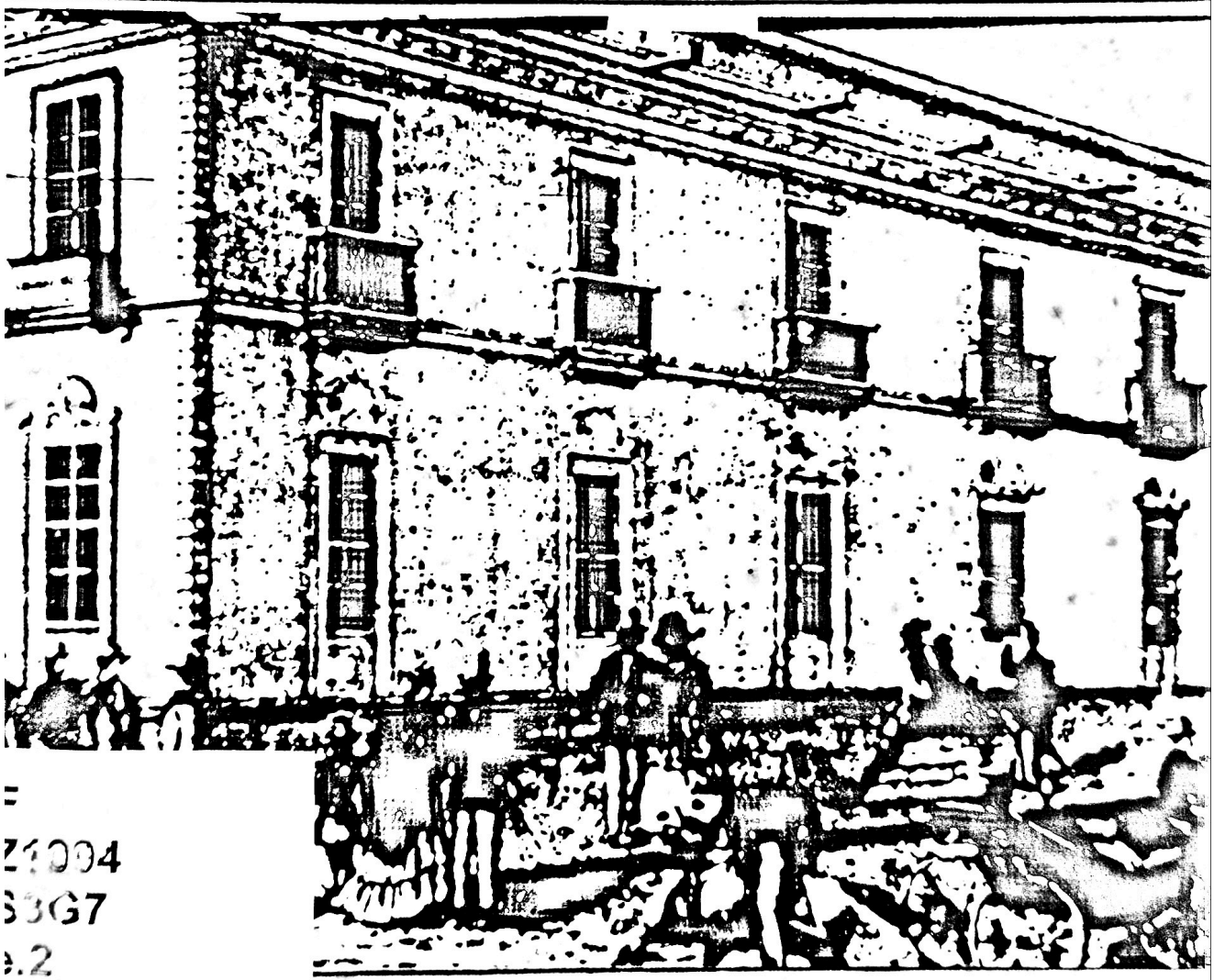
PEDRO GRASES

Don MANUEL SEGUNDO SANCHEZ En La Cultura Venezolana



Z1004
S3G7
e.2

HOMENAJES

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA Y BELLAS ARTES

COLECCION HOMENAJES

1 / Fernando Paz Castillo
Con Rubén Darío

2 / Luis Beltrán Guerrero
Rubén Darío y Venezuela.

3 / Ismael Puerta Flores
Cecilio Acosta, 150 años después.

4 / Pedro Grases
Don Manuel Segundo Sánchez en la Cultura Venezolana.

PEDRO GRASES

Don MANUEL SEGUNDO SANCHEZ en la CULTURA VENEZOLANA

Instituto de Investigaciones Históricas
U.C.A.B.
Caracas

ENSAYO / 4

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA Y BELLAS ARTES
CARACAS, 1968

Texto taquigráfico de la Conferencia dada el 25 de marzo de 1968, en la Biblioteca Nacional, día del centenario del nacimiento de Manuel Segundo Sánchez (1868-1945).

Manuel Segundo Sánchez, retrato por Samys Mutzner.

Si no hubiese conocido tan a fondo a don Manuel Segundo Sánchez no me explicaría la calidad y el número de los asistentes a esta seguramente paupérrima conferencia mía, pero la altura extraordinaria de una personalidad como la de Sánchez justifica y explica que en la tarde de hoy, a los cien años de haber nacido, se congregue ahora para rendirle homenaje un grupo tan hermoso como el que llena la Biblioteca Nacional. Esto alienta de veras, como es también reconfortante el haber visto en la prensa de hoy el coro unánime de todos los diarios dedicado a la memoria de un hombre de libros como Manuel Segundo Sánchez. Desde ese esguince sutil de "Cándido" (Luis Beltrán Guerrero) hasta el artículo entusiasta de Víctor Alberto Grillett, y el más sesudo de Rafael Ramón Castellanos, todos los periódicos han aportado su grano de arena para poner debidamente en la órbita de la cultura nacional un nombre que se merece con creces que se le rinda tributo, pleitesía, homenaje, recuerdo y, además, que se le tenga como ejemplo.

Don Manuel Segundo Sánchez, —he dicho en un artículo de hace pocos días— era para mí y así lo estimo, como un modelo de pulcritud y de elegante generosidad; era el atildamiento en persona, no tan solo en su porte, en su aire de gran señor, sino en cada momento y en cada instante de su vida y de su trato. Recuerdo haberlo conocido poco tiempo después de haber llegado en esa diáspora de la guerra civil española. Cuando recibí la mano amiga, afectuosa y comprensiva, de Manuel Segundo Sánchez, me sentí como si lo hubiese tratado de siempre y me convertí en su compañero, a distancia de la edad, muy en la fraternidad de los temas de interés común. Esa amistad duró hasta prácticamente los mismos momentos de su muerte; además, tengo presente todavía, como si su palabra fuese viva, que me pedía señalando un montón de papeles y de notas, que prosiguiese su trabajo. Algo he procurado hacer en acatamiento de tan precioso encargo, gracias a su gente, a sus familiares encabezados por Manuel Antonio Sánchez Carvajal a quien he citado en cada caso por la benevolencia con que me han pasado recortes, apuntes, trabajos inéditos, que eran señales y complementos de trabajos publicados. Del mismo modo me he esforzado en proclamar la necesidad de editar conjuntamente la obra dispersa de Sánchez, y en la culminación de ese empeño, he tenido la alegría, después de 20 años de estar persistien-

do, de ver publicadas por el Banco Central de Venezuela en dos volúmenes las *Obras* de Sánchez, gracias a la comprensión del Dr. Luis Pastori que dirige la Colección Cuatricentenaria y también por el amparo acordado por los más altos directivos de la Institución.

■

Don Manuel no es hombre que haya experimentado durante los 77 años de su existencia acontecimientos ruidosos, de los que divulga la prensa. Perteneció a ese tipo humano que vive consigo mismo, en la extraordinaria aventura del conocimiento y de la historia de los libros; en un goce permanente pero recoleto, silencioso, íntimo, que a lo sumo se traslucía en su conversación sabrosa, inagotable, vívida; en el disfrute de pasar por este mundo como probablemente no lo experimenta ninguno de los grandes personajes que aparecen a diario en las primeras páginas de los periódicos de mayor circulación. Esa vida recogida, hacia adentro, vida de reflexión, de meditación; hecha del placer en añadir un dato, en precisar un aspecto, en la glosa a la suerte de una edición o de una publicación trunca, o el de descubrir la relación que pueda haber entre Simón Rodríguez y la novela *El perínclito Epaminondas del Cauca,* de Antonio José de Irisarri por ejemplo; este goce, razón de vida, es el mismo

sentimiento que canta Garcilaso al decir que no le pueden quitar el dolorido sentir si antes no le quitan el sentido.

Veo en la figura de Manuel Segundo Sánchez, el hombre dedicado por entero a esas entrañables y delicadas disquisiciones a quien le falta tiempo para agotar el deleite, para seguir en el contento de escudriñar en ese campo infinito, sin límites que es el del vuelo del pensamiento, la aventura de la obra impresa, de las publicaciones. Si a eso se le añade que ese tema central de investigación lo rubrica con el profundo amor a su tierra, afecto y entrega a todo cuanto significaba Venezuela para los libros o en los asuntos de los libros y junto a ello, como consecuencia natural de su carácter fino y delicado, el buen gusto exquisito con que Sánchez tocó todos los puntos a que dedicó su atención, vamos redondeando el perfil de una personalidad realmente inusitada, excepcional, no únicamente en Venezuela, sino en el mundo hispánico en general. Digna de singular relieve en esta segunda parte del siglo XX, cuando vivimos atosigados, ahogados, por una serie de inquietudes y desviaciones que están malbaratando y destrozando la posibilidad de que existan vidas del tipo de la de Manuel Segundo Sánchez.

La biografía de Sánchez es muy sencilla y no nos presenta acontecimientos heroicos, extraor-

dinarios. Nace en La Guaira, hoy hace cien años, y de muchacho es trasladado a Barcelona donde cursa sus estudios hasta el grado de Bachiller. Enseguida entra en ese cauce de las aficiones a la letra impresa, pues pertenece a un grupo de jóvenes que publican un periódico de título seguramente ambicioso pero muy significativo para la gente que lo está llevando adelante: "La Nueva Era". Este periódico, del cual llegó a ser director don Manuel, dura poco; breve como lo son habitualmente tales iniciativas juveniles. Sánchez fue tipógrafo según explicó en una entrevista: "que se había ganado la vida en el ejercicio de esta profesión en Barcelona", donde permaneció hasta cumplidos los treinta años. Se traslada a Caracas y funda su hogar. Encuentra en la capital un grupo de hombres, cuya existencia me parece sumamente importante para entender la obra de Sánchez. He tenido la fortuna de tratar a muchos de ellos y escuchar los relatos autobiográficos de la mayor parte de los personajes activos en la vida intelectual de las primeras décadas de este siglo. Santiago Key Ayala, Manuel Landaeta Rosales, Luis Correa, también uno de los espíritus más finos que ha dado Venezuela, Lisandro Alvarado, Vicente Lecuna, José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz, Angel César Rivas, Vicente Dávila, Alberto Zérega Fombona, José Eustaquio Machado, Pedro Manuel Arcaya, Pedro Emilio Coll, etc. Constitu-

yen un auténtico núcleo que replanteó y llevó a cabo un verdadero resurgimiento de la cultura venezolana a fines del siglo pasado y principios del actual. A ese grupo se integra Manuel Segundo Sánchez. Empieza a colaborar en los periódicos de su tiempo con trabajos de difícil identificación, pues a pesar de haber hurgado mucho para completar en lo posible todo lo que Sánchez escribió, probablemente han quedado muchas de sus primeras colaboraciones fuera de nuestro alcance y me temo que no podrán ponerse en claro jamás. Ignoramos hoy la mayor parte de lo que produjo Sánchez antes de 1911, año en que es nombrado Socio Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, de Bogotá, cuyo diploma se exhibe en la exposición que está aquí en esta misma sala. Según contaba el propio Sánchez, en Caracas se había dedicado al comercio, a actividades mercantiles, ya que tenía que sobrevivir en tiempos duros y penosos. Los primeros frutos de la pluma de Sánchez seguramente permanecerán sin posible precisión, aunque debemos suponer para los primeros años del siglo una constancia y una aplicación a los temas de la imprenta para que en 1914 aparezca su obra cumbre, diría yo, la obra maestra de la ciencia de los libros en Venezuela, la que lleva por título *Bibliografía Venezolanista,* con la particularidad de que Sánchez anunciaba su aparición para 1911, la fecha del centenario de la inde-

pendencia; o sea que tres años antes de la data de impresión, esta obra debía estar terminada. Por tanto, debemos reconocer que sabemos muy poco de los trabajos correspondientes a sus primeros años de tarea.

En 1914 se edita esa obra monumental que aún merece que hoy la miremos con respeto, pues no ha sido superada. Por otra parte, está completando un aspecto de investigación venezolana para la cual halló Sánchez una feliz denominación, para designar el campo de la literatura relativa a Venezuela: la palabra *venezolanista,* que la gente del oficio usamos con perfecta comprensión de todo el mundo. Es lógico que Sánchez antes de 1911 o antes de 1914, se hubiese ya destacado con actuaciones intelectuales. Hay que calcular las horas, los desvelos, el tiempo quitado al sueño y al reposo, el esfuerzo realizado para superar la situación en que se desempeñaba, para que pueda presentar acabado en 1911 o en 1914 un libro de la magnitud de la *Bibliografía Venezolanista.* En esa letra hermosa que puede observarse en sus manuscritos y en sus apuntes personales, en esa caligrafía de rasgo señorial con que asentaba incluso la más pequeña nota, habrá pasado horas robadas al descanso para ir acumulando papeletas con este sentido admirable de la honradez intelectual que es uno de los aspectos que debemos subrayar en su persona-

lidad. Por ejemplo; las casi 1.500 fichas que componen su magistral *Bibliografía Venezolanista* están ordenadas en dos partes: la sección de lo que ha podido examinar directamente, y la sección de lo que sólo tiene en referencias. Lo que ha visto lo tiene estudiado, meditado, analizado, comentado con apostillas maestras, insuperables; y la segunda parte va precedida de un epígrafe que dice: "Se incluyen otras publicaciones atañederas a Venezuela, de muchas de las cuales sólo se ha tenido conocimiento por citas o notas de diversas autoridades", lo que significa a mi juicio la manifestación de honestidad intelectual del investigador que da siempre la información legítima a los que vayan a consultarlo.

Cuando afirmo que las apostillas de Sánchez son modélicas, quiero decir algo más que la mención a una nota perfecta. Personalidades como la de Manuel Segundo Sánchez no son muy frecuentes en el continente americano de habla castellana, ni aun en la propia España. Los temas a que se dedicó Sánchez no son habitualmente muy tentadores a los hombres de pluma, pues da más nombradía, prestigio y fama, el escribir poesía, ensayos, novelas, prosa de creación, pero esos trabajos de andamiaje, en los cuales el que los elabora sabe que son instrumentos de puro servicio, para ser utilizados por otros en elaboraciones posterio-

res, investigaciones o estudios realizados con otra intención, que requieren estas obras de referencia como son las bibliografías; estos trabajos, digo, no casan habitualmente con el modo de ser hispánico, pues aspiramos rápidamente al éxito, al renombre, al prestigio y a la fama. Por eso en el mundo hispanoamericano son contados los nombres que pueden emparejarse con el de Manuel Segundo Sánchez. Hay la figura descomunal de José Toribio Medina, el chileno, ante el cual se siente lo mismo que ante Menéndez Pelayo: uno se asusta de que un hombre solo haya podido llegar a hacer tanto. Medina construye la bibliografía y la documentación chilena y la de Perú y la de Colombia, la de México y buena parte de la de Venezuela y todo el continente. En cuanto a volumen y amplitud no hay duda de que José Toribio Medina es príncipe incomparable de los bibliógrafos del continente americano. Joaquín García Icazbalceta, mexicano, es persona que elabora la bibliografía y la documentación mexicanas con gran sabiduría y exactitud, con dedicación benedictina, a la que acudimos con espíritu de devoción ante una obra bien terminada. Gabriel René Moreno es eminente en la bibliografía boliviana y peruana. Y con estos, unos pocos más.

Sánchez, en Venezuela, desde luego no puede compararse a las magnitudes colosales de José

Toribio Medina, ni aun a las de García Icazbalceta, pero tiene una cualidad que lo distingue, le da un relieve propio y un rasgo peculiar como hombre dedicado a esas disciplinas: ni Medina, ni García Icazbalceta con sus extraordinarias dimensiones llegan a lo que Sánchez significa en la calidad de sus notas o apostillas bibliográficas.

Cándido lo recuerda hoy en su hermoso artículo de *El Universal,* y Enrique Planchart lo señaló en el artículo necrológico que publicó en la *Revista Nacional de Cultura* en 1945. Sánchez era un "Scholar" nato, provisto de exquisito buen gusto, de finísimo paladar, para descubrir las cosas hermosas y saberlas decir en forma bella. Un auténtico espíritu de artista. La *Bibliografía Venezolanista* es consultada para resolver una necesidad de momento, como todas las bibliografías, pero al adentrarse en cualquiera de las apostillas escritas para cualquier impreso, si se quiere el menos atractivo, se ilumina la lectura del comentario, por el donaire y el garbo con que está redactada la nota; la forma como va exponiendo Sánchez su pensamiento hasta llegar al dictamen; el análisis del contenido o de las conclusiones con que subraya la obra comentada; todo está hecho con tal arte, con tan buen gusto, con tan natural exquisitez, que le dan fisonomía y carácter propios, que no lograron jamás ni Medina, ni

García Icazbalceta, ni René Moreno. Esto es peculiar, algo distintivo de Sánchez. Pertenece, casi diría por derecho propio, a esa alma singular que fue en la bibliografía hispánica Manuel Segundo Sánchez.

Por otra parte, Medina, por ejemplo, aparece en la cultura chilena en circunstancias muy distintas. Chile ha tenido en primer lugar un más reposado siglo XIX, desde la Independencia, muy diferente del proceso vivido en Venezuela. En segundo lugar, la educación chilena había sido conducida, dirigida, inspirada por un caraqueño que se llamó Bello, quien le dio orientaciones seguras desde muy temprano, hasta alcanzar un carácter, un modo de ser, en la tradición cultural chilena, que se simboliza en esa plenitud de fructificación que es la Universidad de Chile. Quiero decir que Medina surge en el mundo chileno en una época en que hay ya una continuidad de labores, con excelentes acopios bibliográficos, en tanto que es escasa entre nosotros la tradición bibliográfica que precede a Sánchez, aunque haya nombres eminentes por esforzados, como los de Arístides Rojas, Ernst, Frydensberg, Piñango Ordóñez y algunos pocos más. Si el cultivo de la bibliografía es resultado hoy de devoción heroica, lo era más aún desde mediados del siglo pasado en Venezuela, porque había caminado a empellones sin llegar a construir para nuestro

siglo un auténtico precedente, de manera que Manuel Segundo Sánchez, junto con sus coetáneos José Eustaquio Machado y Santiago Key Ayala están desbrozando caminos nuevos, abren trochas, son pioneros, están iniciando nuevas vías y nuevas orientaciones. Por tanto, a la significación del buen gusto, de la maestría en la expresión de las cosas más áridas, hay que añadirle a Sánchez el que estuviese descubriendo nuevos horizontes. La *Bibliografía Venezolanista,* como concepto, tiene un precedente en Arístides Rojas quien se dedicó durante toda su vida a reunir y acumular los libros que se referían a Venezuela, y llegó a plantear en su bibliografía indígena la posibilidad de un estudio venezolanista. Pero quien realiza una labor que a pesar de los cincuenta y tantos años transcurridos debemos considerar como obra escultórica, bien cincelada y acabada, es Manuel Segundo Sánchez. Fue su obra mayor.

■

Si examinamos las otras sendas por las cuales transitó la preocupación de Sánchez, en algunas es real anticipo en el mundo hispánico: la bibliografía de bibliografías o sea la *Bibliografía de índices bibliográficos relativos a Venezuela,* aunque obra tardía, abre nuevas perspectivas. Recuerdo haber visto el mansucrito todavía inédito, en manos de Sánchez, en su

casa de la esquina de Corazón de Jesús donde vivía el año de 1939. Quiso presentar el trabajo a un concurso en Estados Unidos. No fue premiado, pero mereció los honores de la publicación en el *Handbook of Latin American Studies*, porque se estimó obra sumamente apreciable, a pesar de no estar terminada. Cuando las tareas bibliográficas en un país están en pañales como las encontró Sánchez al emprender sus investigaciones, no puede llenar tal vacío la obra de una sola persona, sino que ha de ser labor de varios equipos durante algunas generaciones. Así, la ordenación bibliográfica venezolana siguiendo las vías que Sánchez indicó, debería ser una especie de cruzada nacional, para acometerla el día que tuviésemos paciencia para trabajar sentados, durante diez horas al día, a fin de elaborar esos instrumentos de servicio para los demás.

Vemos en Sánchez, el sentido de sacrificio, junto al buen gusto en la ejecución, y la iniciación de nuevos campos en la investigación. Sánchez tuvo la visión integral de los temas bibliográficos: junto a la *Bibliografía Venezolanista,* (o sea la de los libros relativos a tema venezolano), la bibliografía de bibliografías, y, además, las monografías bibliográficas sobre temas concretos.

MANUEL SEGUNDO SANCHEZ

Bibliografía Venezolanista

CONTRIBUCION AL CONOCIMIENTO DE LOS LIBROS EXTRANJEROS RELATIVOS A VENEZUELA Y SUS GRANDES HOMBRES, PUBLICADOS O REIMPRESOS DESDE EL SIGLO XIX

CARACAS
EMPRESA EL COJO
1914

La *Bibliografía del Ministerio de Hacienda* que alcanza hasta 1924, es una bibliografía modélica aquí y en todas partes. Es una obra tallada en el mejor mármol del mundo. Tengo muy presente que Sánchez me explicaba que había propuesto a los poderes públicos hacer una bibliografía semejante para cada Ministerio. En la enmarañada red de las publicaciones oficiales es posible hoy tener referencias firmes y seguras sólo en lo que atañe al Ministerio de Hacienda, porque Sánchez elaboró una perfecta bibliografía, que está incluida en el segundo tomo de sus referidas *Obras*. En conclusión: los análisis de Sánchez sobre temas concretos; sus monografías bibliográficas nos van señalando todo un programa de investigación, que aplicado metódicamente a todos los aspectos de la cultura nacional, llenaría el panorama completo de lo que hay que llevar a cabo en Venezuela, para tener a mano el instrumento de trabajo indispensable en la cultura nacional.

Además, Sánchez añade dos aspectos más en relación a la vida de los impresos: las imprentas mismas y el periodismo.

Sánchez decía muy a menudo, —me parece estar oyéndolo todavía—, que la cultura venezolana no está en los libros, sino que hay que recoger sus testimonios en los periódicos. En el siglo XIX no hay duda que el instrumento de trabajo y el testimonio más valioso para rehacer

la tradición y la cultura venezolanas, es la prensa nacional. Más importante que la folletería y que los libros, que vienen en último lugar. Acaso sea valedero para hoy el diagnóstico que aplicaba Sánchez al fondo de referencias bibliográficas correspondientes al siglo XIX venezolano. Sánchez empezó a estudiar los primeros periódicos independentistas, y se preocupó de ir anotando para un proyecto vastísimo, la historia del periodismo venezolano, la cual era para Sánchez un objetivo, un tema fundamental, del que no se puede prescindir en países como Venezuela.

Y por último, la historia de los impresores mismos que también inició. O sea que el conocimiento de la bibliografía en sentido estricto, lo completaba Sánchez con la historia de la imprenta y la historia del periodismo. Con ello, no quedan campos ni temas al margen, en ese programa de investigación cultural que Sánchez se propuso llevar a cabo en su vida.

¿Pudo realizarlo?

■

No. Gracias a un esfuerzo gigantesco publica en 1914 una obra maestra. Luego, a partir de 1914, da a conocer sólo capítulos de una empresa amplia, ambiciosa, bien concebida, sobre la historia de la imprenta y la historia del periodismo; o en temas de bibliografía venezola-

na, pero sólo alcanza a editar algunos aspectos que nos indican lo que hubiese podido ser su obra. Muere dejando inconclusos algunos escritos inéditos que hemos impreso póstumamente. Por ejemplo, la *Bibliografía de obras didácticas,* editada en 1946 por Enrique Planchart, en esta Biblioteca Nacional. Sería absurdo entretenernos en buscar responsabilidades al hecho evidente de una labor inconclusa. Sánchez trabajó incansablemente, sin desmayo, pero tuvo que dedicarse a los más variados trabajos para sobrevivir. Fue Director del Ministerio de Fomento, Director General del Ministerio de Relaciones Exteriores, y en los últimos años de su vida, Agente Comercial en el Canadá. Con la lógica en la mano, no se entiende cómo es posible que haya sido Agente Comercial en el Canadá quien debería haber sido, como dice el Dr. Guerrero, el bibliotecario nato y perpetuo, de esta Biblioteca Nacional, de la que fue Director desde 1913 hasta 1919. Sánchez encajaba de una manera perfecta y definitiva en esta santa casa.

Es maravilloso poder dar esta charla del centenario, en al casa de Sánchez, esté vivo o no, pues la Biblioteca Nacional, la casa de los libros, es el hogar de hombres como Manuel Segundo Sánchez. Estamos, además, presididos por un retrato de Bello, fruto entre tantos otros de una acción de Sánchez en esta Biblio-

teca, pues este óleo, atribuido a Monvoisin, fue traído a Venezuela por Francisco Michelena Rojas, el viajero universal, en 1850, y estuvo largo tiempo a causa del traslado de los libros, —cosa siempre funesta—, en el desván de la Biblioteca, enrollado y maltratado. Lo rescató Sánchez, lo hizo restaurar y desde entonces está presidiendo la Biblioteca Nacional. Nos rodea y cobija el ambiente de Sánchez en cuanto a libros, y en cuanto a una obra de arte que es otro aspecto al que llegó Sánchez, impulsado por su buen gusto.

No se puede, en absoluto, achacarle a Sánchez la menor responsabilidad por no haber llevado a término el designio que se propuso. Para interpretar la obra de nuestro bibliógrafo y colocarla en su debido lugar, hay que situarla en la preocupación de servir a los temas históricos. Sánchez tuvo la idea persistente, y así lo proclama, de que la bibliografía como instrumento de trabajo ha de conducir al conocimiento del pasado de su propio país. De manera que cuando dilucida puntos históricos más restrictos no hace sino estar en la misma finalidad y en el mismo propósito de cuando ordena asuntos específicamente bibliográficos. La mayor parte de sus monografías históricas se refieren a la personalidad extraordinaria de Simón Bolívar, estudiada por Sánchez en diversos aspectos íntimos y documentales, así como

en los artísticos. Su contribución a la iconografía del Libertador es uno de los primeros y más valiosos aportes, como lo ha reconocido Alfredo Boulton constantemente. Esto nos lleva de la mano a otra faceta de los trabajos de Sánchez, que es la de la historia del arte, la historia de la producción artística, a lo cual llegó de una manera natural por la misma delicadeza de su buen gusto personal que ya he subrayado anteriormente.

Para terminar esta relación de la vida y la obra de este hombre admirable a quien yo he respetado y he sentido como maestro, a quien dediqué en 1940 mi primera disquisición bibliográfica como "padre y padrino de mis investigaciones", y de quien he procurado siempre en lo posible proseguir su enseñanza y su ejemplo; para terminar, digo, me interesaría subrayar algo que me parece de suma trascendencia para las generaciones actuales. Es el mensaje que entraña la obra de Sánchez y la posición que adopta ante la vida. Don Manuel Segundo Sánchez se enfrenta a los años, meses, días que le tocan vivir de una manera nobilísima. Me parece importante que lo reflexionen las gentes nuevas. El legado de Sánchez radica, para mí, en el examen de lo que dejó de hacer y cómo aconseja que se haga. Si en bibliografías oficiales tenemos una obra modélica relativa al Ministerio de Hacienda, debe completarse el

estudio de las publicaciones oficiales, que es de una compilación tremenda, y creciente a medida que pasa más tiempo; si nos dejó una monografía sobre libros didácticos que alcanza hasta mil novecientos diecinueve, hay que llevarla al día, redondearla; si en historia de la imprenta apenas pudo dar a conocer unos capítulos sobre la prensa emancipadora, la de la expedición de Morillo, la de la expedición de Miranda, hay que proseguirla, llevados de su consejo, porque hasta dejó el índice, el guión de los trabajos que hay pendientes. Y del mismo modo en múltiples facetas de la historia de la cultura. Si las nuevas generaciones se empapan, comprenden, asimilan y hacen suyo lo que hay de entrañable en lo que Sánchez aconseja, el rumbo de la cultura venezolana puede dar un cambio extraordinario.

El día que nosotros veamos que la juventud siente el placer de la investigación en lugar de la precipitación hacia las tentaciones de brillo social en la que creen vivir más; el día que la prisa, el atropello, en el que estamos viviendo se cambie por el trabajo pausado, razonado, sin prisa pero sin pausa, el "festina lente" augusteo, que fue realmente el signo de la vida de Sánchez; el día en que sea generalmente compartido el sentido de respeto hacia los valores tradicionales en lugar de la opinión liviana y ligera que observamos a cada momento;

el día que sea compartida la posición ante la vida que Sánchez nos muestra, en su intimidad, posición de reverencia profunda, completa, ante las cosas hermosas; el día en que sea amado por todos lo que significa la personalidad de Sánchez; el día que su mensaje llegue a ser norma común y natural de las nuevas generaciones y gocen en lo que Sánchez ha gozado, en la trilogía de las cosas bellas, dignas de ser vividas: libros, mujeres y flores, como objetivo central de la vida; y todo ello forme el fin del trabajo y las normas de coexistencia, veríamos la sociedad venezolana marchando por otros rumbos.

Esta es la meditación que debe hacerse cada uno de los que estamos trabajando en la cultura nacional, y este debe ser el tema de enseñanza para quienes se dediquen a la docencia en los niveles superiores. Estoy seguro de que con tal reflexión se alcanzaría un provecho extraordinario y constituiría la mejor lección que podríamos deducir de este centenario. Ojalá que la aclamación y el recuerdo que le ha dedicado la prensa, así como la presencia tan nutrida de todos ustedes en esta Biblioteca en la tarde de hoy, sean el signo promisor de que el ejemplo de don Manuel Segundo Sánchez ha de cundir entre nosotros para bien de la civilización en Venezuela.

ESTE FOLLETO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL 29 DE NOVIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS SESENTA Y OCHO EN LAS PRENSAS VENEZOLANAS DE EDITORIAL ARTE, EN LA CIUDAD DE CARACAS.

PORTADA / MANUEL ESPINOZA
IMPRESION / EDITORIAL ARTE